

deseaban más tornar atrás y quedar en Egipto, que pasar adelante y gozar de tantas promesas; y dándoles Dios a comer *el maná*, que la Escritura llama *Pan celestial* (*Ps.*, 77, 24), y tan sabroso que para los buenos *contenia en sí todo deleite* (*Sap.*, 16, 20); tenían los estómagos de sus ánimas tan estragados, que querían más comer de *las ollas carnales* (*Ex.*, 16, 3), y cebollas y puerros de Egipto, que del maná celestial. el cual les era tan desabrido, que *les revolvió el estómago* (*Núm.*, 21, 5). De esta manera, cuando una alma sale de sus pecados, sacándola Cristo, y ahogando la muchedumbre de ellos en las aguas del Bautismo o de la Penitencia, si con cuidado sigue su Dios, deléitase en los trabajos por Él, y halla frescores en este desierto, por seco que sea; porque a este tal mantiene el Señor con escondida y celestial dulcedumbre, según lo tiene prometido diciendo (*Apoc.*, 2): *Al que venciere daré maná escondido y celestial*; y como la dulcedumbre de Dios sea mayor que la amargura de acá, anda la tal ánima en los trabajos descansada, y en los peligros segura y confiada de la promesa de Dios, en que le promete de llevarla a la hartura del cielo. Anda y vuelta y corre, teniendo en poco de ganar el mundo, ni de perder la vida, por ir a gozar de Dios para siempre. En la boca de ésta no suenan quejas; en el corazón de ésta nunca hay flaqueza; mas haciimiento de gracias por los bienes que ha recibido, y cierta y confiada por lo que espera de Dios recibir. Mas si comienza la tal ánima a darse a la flojería, luego todo le parece mal; no hay trabajo, por pequeño que sea, que no le penetre hasta el corazón y la derribe; siente mucho la herida liviana, cánsase con la poca carga, y a cada paso dice: No puedo. Quéjase de cada cosita que no le da Dios a su voluntad, y dice en su corazón, y algunas veces con la boca: ¿Y para qué comencé este camino? No hallo en él sino orar, leer, y cosas delicadas, y contrarias a sangre y carne; *tómame deseo de tornar a comer de los manjares de Egipto*, y deléitame lo que ya vomité.

4. ¿Qué pensáis, doncella, que fué la causa de mudanza tan miserable? Por cierto no otra sino el descuido del corazón, que es madre de la tibieza, y la tibieza del descontento, y el descontento de disolución, y ésta de todos los males. Si estos tales comenzaran a remediar su descuido cuando comenzaron a nacer, no comieran tan amargos frutos; si mataran la ma-

dre, no naciera la hija: si cayendo un terrón de la casa, luego la remediarian, no los tomara debajo. Creed que así como ninguno se hace súbitamente muy bueno, ni tampoco se hace muy malo. Escalones hay en medio para subir a mucha bondad, o para descender hasta mucha maldad; porque así como el que está en el primer escalón se debe alegrar para subir, y debe tener confianza que poco a poco subirá a lo alto, así quien está en lo alto y comienza a descender, aunque sea muy poco, debe entristecerse y temer mucho la caída. Y para que os remediéis, si en este peligro estuviéredes, oíd en qué lo veréis.

5. Si a vuestro corazón sintiéredes liviano, si os deleitáis en hablar palabras ociosas, si deseáredes oír nuevas, si fuéredes tarda al ir a orar, y presta para acabar, y sintiéredes vuestro corazón seco, que no llueve Dios sobre él devoción, y si alguna vez llueve, es como agua que no harta la tierra, y que presto se pasa; si os viéredes los ojos abiertos a las faltas ajenas, y a las vuestras cerrados; si os sabe mal el ser abatida, y os enojáis con quien os reprende; si las condiciones de vuestros prójimos os parecieren pesadas para sufrir, y siempre echáis achaques en el colmulgar y confesar, o ya que lo hacéis, más es por vergüenza o costumbre que por amor, y si después de colmulgar, habiendo en vos entrado el fuego, no os encendéis, y puesta la miel en la boca no sentís dulzura: cuando estas cosas y otras semejantes viéredes en vos, entended que vuestro corazón no está entero con Dios, ni lleno del licor celestial, pues anda hambreando la vanidad de las criaturas. Porque así como el gusto de Dios hace mortificar los sentidos, da abundancia de lágrimas, entrañable hartura, deseo de silencio y de soledad, desprecio de cuanto florece en el mundo, cuidado de la propia conciencia, paciencia en sufrir a los prójimos, con otros mil cuentos (1) de bienes, así el gusto de la vanidad hace no hallar gusto en la verdad. Como el gusto de Dios echa fuera el gusto del mundo, así el del mundo al de Dios. Y si viéredes que el mundo os comienza a saber bien, remediaos presto, antes que del todo vengáis a perder el sabor de las cosas de Dios.

6. Mirad no hagáis cosa que no sea digna de esposa de Jesucristo. Acordaos que habéis ofrecido vuestro

(1) Cuentos: millones.

cuerpo en sacrificio limpio a Jesucristo nuestro Señor; y el sacrificio mandaba Dios que fuese muy examinado; porque *si tenía falta en los ojos, o manos, o pies, o en otra parte*, no consentía Dios que le ofreciesen (Lev., 1 y 22). Y aun en muchas partes más podía este solo defecto para ser desechado el tal sacrificio, que los muchos bienes para ser aceptado. En lo cual se da a entender, como dice Orígenes, que las doncellas que ofrecen su cuerpo a Dios en sacrificio, no cumplen con ser en una cosa limpias. La lengua ha de ser ajena de hablar vanidades, las orejas de las oír, los ojos puestos en tierra; el atavío ni precioso, ni curioso, ni sucio, y desde los pies hasta la cabeza ha de ser vestida de honestidad; en la alma ha de ser paloma (2). pues que es esposa del Cordero, para que así sean para en uno; y pues en tan alta empresa Dios os ha puesto, no tengáis la vida baja.

7. Quien a tan alto Rey quiso amar y de tan alto Rey es amada, no es razón que duerma. Ninguna cosa os parezca trabajosa de hacer ni pesada de sufrir por agradar al que una vez ya os disteis. Y si os parece que pasáis trabajos o desconuelos, no os espantéis; acordaos que *así suele el Señor tratar a sus hijos*; que estas cosas no son señales de ira, mas de bienquerencia. Mientras más os viéredes trabajada, teneos por más amada; mientras más desconsolada, más confiada; y la gran tentación viene por víspera de muy gran corona. Ninguna cosa os derribe, pues tenéis por ayudar al brazo del muy Alto y Omnipotente. No huyáis, que sin falta veréis venir sobre vos el socorro del cielo. No os espanten los muchos enemigos que tenéis mas consuéleos un solo amigo que os ama más que todos los enemigos os desaman, y Él solo puede más que todos ellos juntos. No le hagáis vos traición; no huyáis vos de su campo; llamadle en vuestras necesidades, que de su parte yo os prometo que Él os dará vuestros enemigos vencidos y puestos debajo los pies. *Por un camino vinieron contra vos, y por siete huirán de vos*; si tienen licencia para tentaros, no la tienen para venceros.

8. No es cosa acostumbrada a los maridos fieles desamparar a sus esposas; y si en la tierra, donde tan poco amor hay, esto hay, ¿qué hará donde Jesucristo, Esposo vuestro, está, sino muy mejor defende-

---

(2) Véase la Carta 94.

ros? Quien por amaros perdió su vida, ¿dejaros ha perder tan ligero? *Ninguno aborreció su propia carne, más antes la cria y regala (Efes., 5, 29).* Y nosotros, como dice San Pablo, *carne somos de la carne de Jesucristo, y hueso de los huesos de Jesucristo, a semejanza de Eva, que fué sacada de Adán.* Y Él y nosotros no somos dos, sino uno (3), como *marido y mujer, o cabeza y cuerpo, o vid y sarmiento, o árbol y ramos.* Pues si mirar Cristo por nosotros es mirar por Sí mismo, ¿qué razón hay para dudar en lo que tanta certidumbre tenemos? Y si esta unidad y casamiento la tiene con sus cristianos, ¿cuánto más con las personas que dejaron de ser esposas de hombres por ser esposas de Dios? Alegraos y cobrad confianza en el arrimo de tal Señor; gozaos de las mercedes que habéis recibido; vivid con tal diligencia, que no perdáis las que os ha prometido. Acá habéis celebrado desposorio con Él, y allá os tiene aparejado el tálamo en que poneros; y va tanto del gozo que allá os dará del que acá os ha dado, como del cielo a la tierra, como de fin a principio, como de cumplimiento a promesa; porque allí os enseñará Él cuán bienaventurada fuisteis en renunciar el mundo y sus pompas por hacer homenaje a Cristo.

9. Allí veréis cómo el matrimonio es bueno, la virginidad es mejor; y aunque Marta escogió bien, *la parte de María es mejor.* Allí *cantaréis cantar nuevo, y tal, que no pueden cantar sino vírgenes;* allí andaréis en compañía de innumerable compañía de vírgenes, que viviendo acá despreciaron lo que vos despreciasteis, y tienen allá lo que vos deseáis; allí veréis y seguiréis a la Bienaventurada María, Virgen y Madre y Esposa; la cual, como la otra María, hermana de Moisés, pasado el trabajo del mar Bermejo, tomó su *adufe* (4) en la mano y comenzó a cantar en alabanza de Dios, y tras ella las otras mujeres (5); así nuestra María, pasada de este mundo, y después tomando su cuerpo, está cantando en el cielo alabanzas a Dios con cuerpo y con ánima; y tras ella cantan todas las ánimas buenas, y por particular gloria cantan las vírgenes, *siguiendo al Cordero, que es Cristo, adonquiera que Él va, dándoles su compañía en pago*

(3) Idea fundamental en la ascética del B. Avila.

(4) *Adufe* pandero.

(5) Véanse las Cartas 24 y 70.

de la soledad que acá pasaron por Él. ¿Paréceos que es bien galardonado servir a quien tan bien galardona? ¿Paréceos cuán alegres deben estar los que este día esperan? Trabajad, pues, vos por ser una de éstas, que pues el Señor lo ha en vos comenzado, Él lo acabará: y pues se desposó con vos, Él se casará, y dará a Sí mismo en galardón para siempre

Orad y leed y comulgad.

Vuestro siervo por Cristo.

### 39.—A UNA SEÑORA

*Afligida porque la enfermedad la impedía los ejercicios espirituales: enséñale cómo se halla la paz que no está fuera de Dios. Y del gran cuidado que se ha de tener, en que lo que nos aparta de los santos ejercicios sea necesidad, no flojedad y tibieza.*

1. El mejor consuelo en los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad es no haber nosotros cometido alguna culpa para que nos vengan; porque a la conciencia limpia fácil cosa le es llevar cualquier carga que le echen; y a la no tal, la pequeña le es incómoda.

Si así supiesen los hombres buscar los medios para su descanso como saben deseárselo, gozarían de él, y no se quedarían con sólo deseárselo. Ley es de Dios que los que tienen deseos fuera de Él, sean atormentados, o no se cumpliendo o se cumpliendo; porque ya que venga lo que desearon, no pueden gozar de ello por el remordimiento (1) que la conciencia les da; y si no viene, están colgados con la dilación de lo que desean. Muy al contrario de esto es el deseo puro de Dios; porque si David dice (*Ps.*, 104): *Alégrese el corazón de los que buscan a Dios*, ¿qué será el hallar a Dios? Si la hambre del buscar les da alegría, la hartura de la mesa, ¿qué será?

Por tanto, quien quisiere paz y verdadero descanso, entienda en quitar deseos, y osada y fielmente ponerse en la voluntad del Señor, y no se verá hollado de tinieblas, ni afligido con acaecimientos. Mas ¿quién hará a los hijos de los hombres que entiendan lo que

(1) *Remordimiento*; las ediciones de 1578 y 1595, *re-medio*.

Dios les manda decir (*Ps.*, 4): *¿Hasta cuándo seréis de pesado corazón, y amáis la vanidad, y buscáis la mentira? ¿Quién los desengañará de su ceguedad, que andando buscando paz, hallan guerra, y por la misma vía que la buscan, por allí la pierden?*

2. Entiendan todos que como no hay más de un Dios, no hay más de un verdadero descanso; y que como fuera del verdadero Dios no hay Dios, fuera de su descanso no hay descanso. Verdaderamente *mentirosos* eran *los montes y muchedumbre de los valles*, y solamente en el Señor Dios nuestro hay verdadera salud, dicen los que, después de cansados con la experiencia de sus vanos deseos, vienen a conocer quién es Dios y quién los que a Él se allegan. No tenemos, señora, no tenemos pan ni *panes* en nuestra casa *con que dar de comer a nuestro amigo que viene de fuera*, si no lo vamos a pedir a nuestro vecino (*Lc.*, 11, 5), que es Dios humanado, tan cercano a nos, que es nuestra cabeza, Padre y hermano. Quien a Él alzare sus ojos y le mirare a las manos; quien fuere mendigo de su puerta; quien le deseara y se fatigare de hambre de Él, será recreado con su hartura, que tanto excede a la de las criaturas cuanto excede Él a ellas. Mas fuera de Él no se atreva nadie a hambrear, porque «dondequiera que la carne buscare abastanza—dice San Agustín—hallará falta»; para que por experiencia entienda qué diferencia va del Criador a la criatura, y desarrimado de ella, pues ya probó no haber en ella lo que buscaba, vaya con lleno corazón al que sólo es bastante a le dar más de lo que el ánima puede recibir.

3. Así que, ilustrísima señora, no se vaya V. S. tras el engaño grande de muchos grandes del mundo, que son muy amigos de su voluntad y están llenos de sus deseos, pareciéndoles que tienen para ser más abundantes en deseos de cosas, cuanto más lo son en estado de acá; y no veo que saquen de aquí sino mayores tormentos; porque a la medida del desear es el penar. Y como San Bernardo dice: «Cese la propia voluntad, y no habrá infierno»; así podremos decir: cese, y no habrá acá ni pecado ni trabajo. Porque no es lo que nos da la pena lo que nos viene, sino el venirnos lo que [no] queremos que venga. Y por esto nos pide Dios *nuestro corazón* (*Prov.*, 23, 26), para quitárnoslo de tantos males, y a trueco de él, darnos el suyo, que es pacífico y reposado y alegre en los

trabajos. Y necio de aquel que quiere más vivir en su angostura, que en el anchura de Dios, y morir en sí que vivir en la Vida. Y si en algún tiempo o en alguna cosa hemos cometido este mal, de haber dado la rienda suelta a nuestro deseo, humillémonos delante el Padre de las misericordias, conociendo nuestras faltas, y esperemos perdón de Él, tomando en descuento de nuestro yerro la pena que por nuestro deseo nos vino; con la cual suele Dios quitar el pecado, como quien toma los ramos de un árbol y con ellos pone fuego al mismo árbol, y lo quema de raíz.

4. Muy mejor es al pecador que le suceda pena de su pecado que no descanso; porque, como San Agustín dice: «No hay cosa más desdichada, que la buena dicha temporal del pecador.» Y aprendamos de aquí adelante a dar nuestros deseos a Dios. Y como una piedra va hacia lo bajo, y un fuego a lo alto, y cada cosa a su lugar, así nuestro corazón vaya a su centro con gran ligereza, que es Dios. ¿Quién no se espantaría de ver una gran peña colgada en el aire, sin que fuese a su centro? Y ¿quién no se espanta de ver un corazón, criado para descansar en Dios, detenido en el aire, y menos que aire? Sea, pues, o porque no podemos descansar sino en Dios, o porque merece Él ser Señor de todo nuestro amor, pues es piedra imán de todo espíritu; no hagamos tan gran necedad, *no demos tal mancha en nuestra honra (Eccli., 33, 24)*, no tal traición contra nuestro Señor, que de aquí adelante otro deseo en nosotros entre, sino el de Él, o por amor de El. Y así huirán de nuestro corazón las nieblas tristes, las congajas desaprovechadas, las esperanzas y temores vanos. Y en lugar de esto amanecernos ha luz nueva, con ella alegría; porque ver lumbre del cielo causa es de ella, y el ciego no puede verla. Y por esto decía Tobías (5): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo lumbre del cielo?* Gran verdad es, cierto, que ninguno que no está desengañado no puede tener verdadera alegría; porque aunque le parece que ve, es vista de tierra, y no lumbre del cielo. Tras esto es la cura de raíz.

5. Conviene que V. S. no quiera que, con disposición desigual, haya ejercicios iguales. Porque muchos se afligieron ignorantemente, por no alcanzar lo que ni su fuerza ni estado les permitía. Está claro que, con esa disposición, no ha de querer la orden que antes tenía, ni nuestro Señor tal pide; pues su voluntad es

muy igual, y templada con misericordia, que no pide sino lo que Él da de aparejo; y no sólo no quiere *coger donde no siembra* (Mt., 25, 24), mas aun conténtase con coger mucho menos de lo que sembró. No se desconsuele V. S. por lo que no puede alcanzar; que eso ¿qué sería sino estar penada porque no tiene alas para volar por el aire? No ponga los ojos en consuelo ni en oración, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Y pues Él quiere que el tiempo que se gastaba en orar, se gaste ahora en vomitar, sea muy enhorabuena; y Él contento, todos contentos los que tienen en más el contento de Él, que poseer cielos y tierra. Y si el escrúpulo diere pena, con pensar que vino esto por alguna culpa, o que es castigo de dar Dios lo que deseamos, ¿qué hay más que hacer, sino echarnos a sus pies y pedir azote y perdón? Y el Señor dará entrambas cosas, o el perdón sin azote; mas nunca azote sin perdón, si por nuestra culpa no queda. Y por esto debemos tomar el trabajo por prenda de la paz; y porque ésta haya entre Dios y nos, vénganos todo lo que Él mandare.

6. No hay sino una cosa que temer, y es no se solape nuestra pereza debajo la ocasión del «No puedo más.» Aquí es menester vivir con siete ojos, porque esta Eva que dentro de nosotros está, es tan amiga de regalo y de pasearse por el huerto, y comer del árbol vedado, que tiene mil mañas para hacer entender a la razón que lo que pide no es demasia, sino necesidad; y enójase mucho si no se lo dan, y si no se lo creen. Menester, señora, son dos cosas: una, que cuando claramente viere que puede tener sus ejercicios, en ninguna manera los deje. Ose trabajar por el amor del Señor, pues el amor no sabe ser flojo, y cuanto es piadoso para su Amado, tanto cruel y no nada regalado para sí mismo. Acuérdesse V. S. de las hazañas que en este mundo ha hecho el amor de Cristo en los corazones donde ha morado; cárceles, tormentos, deshonras ha hecho pasar, y con grande alegría, poniendo delante los ojos del amador el gran valor del Amado. Y pues tanto ha acabado con otros, no sea tan flaco en V. S., que no tenga fuerza para pasar un poco de trabajo por agradar a tan alto Señor, al cual tanto más será acepta cuanto con mayor trabajo a Él se llegare. Y el Señor no es amigo de nuestras penas, sino sólo de nuestros amores; y éstos no se pueden conocer ser verdaderos, sino en cosa que

duela. Porque *el amigo fijo en el tiempo de la tribulación* aquél es el verdadero (*Eccli.*, 6, 11). Y aunque Dios conozca sin prueba quién somos, quiere probarnos para que nosotros nos alegremos viéndonos fieles en el amor, y vivamos con esperanza de ir a ver a quien amamos, pues *la prueba obra esperanza*, como dice San Pablo (*Rom.*, 5).

7. Así que, esta sea la orden mientras no hubiere salud para tomar otra: que en estando libre de vómito o dolor, tenga su ejercicio; y haciendo esto, pida a nuestro Señor le dé su lumbre para conocer cuándo es engaño de la carne el estorbo que pone, o cuándo es necesidad justa; porque quien bien usa de lo que conoce, alcanzará lumbre para lo que no conoce. Que el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿Para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples? Y cuando hay algún alivio, aunque no sea mucho, haya ejercicio, aunque no sea mucho ni con mucha atención, sino como un conocimiento de nuestro deseo, y un presentarnos delante el Señor. Y con esto y con no dejar caer el corazón, porque va en esto la vida, pasará V. S. hasta que provea Dios de otro tiempo.

8. La Samaritana preguntaba que dónde había de orar; y el Señor responde (*Jn.*, 4), *que en todo lugar, y en espíritu*; y así ha de hacer el cristiano, que en todas sus obras ha de orar al Señor, no en monte ni en templo sólo, sino en comer y beber, dormir, salud y enfermedad, refiriéndolo todo a Dios, y gozándose en todo por recibirlo de la mano de Dios. Mire mucho V. S. no ensangoste (2) a Dios, pues es inmenso: no piense que no le ha de buscar ni hallar sino en tal lugar o tal obra. En todo está, si ella está con Él; y si en todo le busca, en todo lo hallará. *Alegréme*—dice el Sabio—(*Sap.*, 7, 12), *en todas las cosas, porque iba delante de mí esta sabiduría*; y así lo hace quien en todo mira a Dios, haciéndolo como Él lo manda, y teniendo atención a Él. Y de otra cosa síguese tristeza y descontento, y caimiento en el corazón, que es cosa que en gran manera se debe huir, porque según está escrito (*Eccli.*, 30, 25): *No hay provecho en la tal tristeza*, antes mucho daño para cuerpo y ánima y prójimos. Mas el alegría da fuerzas, da perseverancia, y hace entristecer a nuestros enemigos, y alegra al es-

(2) *Ensangostar*: angostar, hacer estrecho.

píritu de Dios que en los suyos mora, porque Él es alegre. Y sobre esto use V. S. recibir a nuestro Señor algunas veces.

9. Y pues en el corazón hace Él su morada, no hay que tomar pena por andar el cuerpo como anda; que aunque algún impedimento sea para trabajar, no para dejar de amar. Mayormente que el Señor es todopoderoso, y muy amigo de dar fuerzas al corazón que le desea amar, pues es para cumplimiento de la cosa que en el cielo y en la tierra más bien le parece que es el amor; del cual esté V. S. tan abundante en la tierra, que merezca estar más cerca del Señor en el cielo. Amén.

#### 40.—A UNA MONJA

*Que quería hacer profesión. Que a imitación de la Virgen cuando se preparaba para dar a luz al Niño Jesús y para la fiesta de la Asunción, se disponga a vivir con el Divino Esposo.*

1. Dos veces estuvo la sagrada Virgen María esperando grande fiesta, y se aparejaba con grande cuidado para salir a ella muy ataviada del espíritu, al atavío que es el que luce delante de Dios. Una fué cuando, habiendo concebido al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, esperaba el día en que el encerrado en su vientre, saliese afuera, y viese ella con sus corporales ojos, y tratase con sus manos, y tuviese en sus pechos *al deseado de todas las gentes* (Agg., 2, 8), mayorazgo del Eterno Padre y lumbre de Él. ¡Qué pensamientos tendría la Virgen, y cuán suspenso andaría su corazón, deseando ya haber amanecido el día en que, habiendo salido de sus entrañas un tal Hijo, quedase verdadera Virgen como el día en que nació, y mucho mejor! Cuidadosa andaba no faltase algo de lo necesario, y principalmente de tener tal su ánima, que el día de las vistas del Niño y de ella no hubiese cosa en toda ella, que no pareciese muy bien a los ojos de Él; y así fué ello.

2. La otra vez que esta Señora anduvo cuidadosa con la espera de otra fiesta, fué este santo tiempo en que estamos (1), en el cual se andaba aparejando

(1) Los días que preceden a la Asunción de María (15 de agosto).

para el día en que había de salir de este destierro, y subir a la celestial silla que su Dios e Hijo le tenía aparejada, adonde, servida y reverenciada de todos los ángeles, estuviese ella reverenciando y bendiciendo, amando y gozando al abismo de la dulzura infinita, que es Dios. Ninguna mujer tanto se aparejó para casamiento, ni para otra fiesta, como esta Señora para el día de su coronación y dignidad; y así salió tan hermosa, que los ojos de Dios se huelgan de mirarla, y sus orejas de oírla: y si atavío buscó, hallólo, y salió [a] la fiesta sin mancha ni desgracia ninguna.

3. ¿Habéis oído estas cosas, sierva de Cristo? ¿Habéislas entendido? Pues a vos dicen, y para vos se dicen. Bendito sea Cristo por siempre, que tan cercana del santo y limpio parto os ven mis ojos y oyen mis orejas, cuando aquel virginal propósito, que habéis concebido por inspiración del Espíritu Santo, saldrá afuera a ponerse en obra, y el Cristo tierno y Niño, que traéis dentro de vuestras entrañas, lo tomaréis en vuestras manos, quiero decir, en vuestras obras, y morará en vos, no solo en *el corazón*, mas también en el cuerpo, siendo *sellado con su sello*, dentro *por su amor* y de fuera *por su imitación*; y en el ánima con entereza y en el cuerpo también: el espíritu encendido con el fuego de la caridad, y el cuerpo mortificado con la limpieza de la virginidad.

4. Este día esperáis, y para este día os llama Cristo, diciendo (*Cant.*, 2): *Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; porque se ha pasado el invierno. ya se han ido las lluvias; flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo del podar es venido.* Si hasta aquí, señora, habéis vivido en *invierno* de frialdad del amor divinal, ya viene el verano del ardor que santifica; con que *las lluvias* de los pensamientos, y de los descontentos, y de las turbaciones y mudanzas se van, y os nazca alegría nueva y frescor de esperanza. *Las flores que en vuestra tierra han aparecido*, el propósito de virginidad que Dios os ha dado es, que por no estar firmado con voto se llama *flor*. Y dice Cristo que esta flor *ha aparecido en nuestra tierra*. Porque el cuerpo de la virgen particularmente es de Cristo y *tierra suya*, que le acude, no con treinta o sesenta tanto, mas con ciento tanto, por ser la virginidad la cosa más alta que, en lo que toca a la carne, puede haber. Y dice que *ya viene el tiempo del podar*, porque presto convendrá cercenar

de vuestra ánima mil pensamientos y deseos que antes teníades, que aunque no fuesen pecados, eran muy bajos y llenos de tierra, y en ella habían de parar; y han de nacer otros magníficos, que desprecien todo lo que acá se puede gozar, y se enderecen a ganar a sólo Dios.

Conviéneos, señora, echar de vos lo visible, si queréis gozar de lo invisible: conviéneos dejar, si queréis recibir: decir *de no* (2) a cualquiera cosa que a vos venga, por decir a Dios *de sí*. Vaso sois, echad toda la hiel, y recibiréis miel. Que los gavilanes que crían para cazar buenas aves. ciérranles los ojos, para que no vean las de poco precio y se arrojen a ellas, y encarnizados allí, dejen de seguir las de más precio; y así os conviene cerrar los ojos a todo lo poco, y decir al Señor (Ps. 118): *Aparta mis ojos, porque no vean la vanidad*; porque no os abalancéis a ello, y quedéis satisfecha con la tierra, pues que fuisteis criada para el cielo. Dejad aparte lo que se pasa, y abrid los ojos a la caza que es de mucho precio, Dios, y a Él os abalanzad, aunque os cueste la vida. Podad de vos todo lo que Dios no es; cercenad toda cosa que no es a propósito del estado que queréis tomar; que si antes queríades ser una, ya queréis ser otra, tanto diferente cuanto el cielo de la tierra, y la esposa del rey de la esposa del esclavo. A vida nueva, pensamientos nuevos; a palabras nuevas, obras nuevas, y todo nuevo le pertenece.

5. Este tiempo está ya cerca, cuando vuestro niño salga a luz, y quedándoos virgen, deis fruto de bendición de la mano de Dios, por obra de su Santo Espíritu, que fecundará vuestro entendimiento para conocer a Dios, y abrasará vuestra voluntad para le amar; como hizo a la Virgen María. que le inspiró en el tiempo del concebir, y la hinchó de gracias al tiempo de parir. Ya creo deseáis este parto, pues no ha de ser con dolor, antes con alegría, pues no es de aquellos de los cuales se dijo a Eva (Gén., 3): *En dolor parirás tus hijos*; porque aquello es cosa de carne concebida en pecado, estotra es obra de espíritu inspirada por Dios.

6. Y si antes que este día venga, tanta alegría siente vuestra ánima con sólo el olor y esperanza de él, ¿cuánta más copia de ello habrá en la misma fiesta?

(2) *De no*: que no.

Osad, sierva de Cristo, decir al mismo Señor que os ha convidado para tanto bien; osadle decir lo que la Esposa de los Cantares dice (*Cant.*, 7): *Ven, Amado mío, salgamos al campo, moremos en las alquerías, levantémonos de mañana a las viñas, veamos si nuestra viña ha florecido, si las flores han parido frutos, y si han florecido las granadas. Allí te daré mis amores.* Convidad al que queréis tomar por Esposo a que *salga al campo con vos*, y suplicadle que se desembarace todo vuestro entendimiento y corazón de todo el bullicio de aqueste mundo, y os mortifique tanto a todo lo que pasa, como si ya estuviédeses fuera de este mundo, sola vos y Cristo; y esto es *salir al campo*, porque quien esto ha hecho vive en anchura y alegría, y no la estrechan las marañas que traen consigo las cosas de acá. Y para dar a entender que esto no ha de ser por un rato no más, añade diciendo: *Y moremos en las alquerías.*

Y desde allí *levantémonos de mañana a las viñas*; porque mientras la persona está ocupada y alterada con los presentes cuidados, ¿cómo podrá entender con atención en las cosas de su conciencia, que es *viña* de Dios? Harto tiene que entender en tráfigos y zozobras; y aunque alguna vez desea y propone *levantarse* a entender en su alma, luego [la] derriban las olas de las temporales mudanzas, y aunque con remordimiento de conciencia, en fin, de cansada, deja lo que más desea y entiende en lo que aborrecía. Alguna vez llega a tanto la miseria, que deja ya de desear entender en su ánima, porque las muchas olas ahogaron aquel poquito de buen deseo que en ella estaba. Vos, doncella, a quien Dios ha amado y libertado de los cuidados del siglo, *salid al campo* de la anchura del corazón, hollad todo lo de acá, y gozaréis de una alegría que todo el mundo no os la pueda quitar. *Levantaos de mañana* a entender en vuestra conciencia, pues este solo cuidado habéis de tener, y este ha de ser vuestro oficio; porque, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 7): *La mujer casada tiene cuidado de como agrade a su marido y a Dios, y está repartida; mas la doncella que no se casa, tiénelo en cómo agrade al Señor, para ser santa en cuerpo y en espíritu.*

7. *Levantar de mañana* es comenzar nueva vida y examinar la conciencia. Cuando Dios envía el rayo de luz, entonces no ha de dejar la persona pasar aquel tiempo; sino como el trabajador se va a traba-

jar en saliendo el sol, así la tal ánima se ha de esforzar al bien cuando siente espuelas de Dios. Y allí se ve *si las flores han echado frutos*, porque no hemos siempre de estarnos con buenos deseos, sin ponerlos en obra: porque la flor que pasa de su tiempo secase y marchitase; y el niño que no saliese del vientre al tiempo acostumbrado, se moriría; y los propósitos que no se ponen en obra, ¿para qué son? Salga, pues, señora, vuestro propósito a luz; tórnese *en fruto la flor*. Mirad a la Virgen Madre, que concibió por Espíritu Santo, y parió con alegría, dando fruto, y quedándose con la flor; porque cuando el buen propósito se pone en obra no se pierde, antes se confirma. Y también mirad *si las granadas han florecido*; porque la doncella de Cristo no se ha de contentar con cualquier amor de Él, sino amor hasta desear derramar la sangre por Él; y este derramamiento de sangre se significa en *las granadas*, que han de estar muy vivas y floridas en el ánima de la esposa de Cristo.

8. Y *allí le dad vuestros amores*; porque después que seáis esposa, ¿qué os queda sino cautivaros del amor de Aquel que, por vuestro amor, se hizo extranjero en la tierra, y padeció treinta y tantos años con frios, calores y cansancios, y después dió su vida por ganar vuestra ánima, mejor que Jacob por alcanzar a Raquel? ¿Qué habéis de hacer, sino responder al que os ha llamado, y seguir al que delante de vos va con su cruz, y mirar en hito, sin volver a otra parte los ojos, al que así tan piadosamente os ha mirado, que os ha quitado de la tierra para trasponeros en el cielo, y os quita de ser sierva de hombres para que gocéis de ser sierva de Él, que es ser Reina y Señora? Aparejad vuestro tálamo; que así como la Virgen María andaba ahora cuidadosa con la subida al cielo, así lo debéis vos estar para vuestra subida a la celestial vida. Porque la virginidad no es cosa de la tierra, no es cosa humana; parienta es de los ángeles; y *vivir en la carne, y no según la carne*, no es humana virtud. *Angel terrenal* es virgen, u *hombre celestial*, pues que desde acá ya guarda entereza e incorrupción, como en el cielo la hemos de guardar, donde no habrá casamientos ni cosa que le parezca. Y pues queréis subir a cosa tan alta, vivid con cuidado de parecer tal aquel día a los ojos de Dios, que os eche su bendición y os cuente en el número de sus favorecidas. La Virgen Madre fué subida al cielo, y vió a su Hijo bendito, y

está con Él; y vos tendréis en el altar y recibiréis aquel día en vuestro pecho al mismo que ella trajo en los suyos, y al mismo que reina en el cielo. Escondido vendrá, mas el mismo es; porque si manifiesto viniese, no podriase sufrir su resplandor y hermosura; y por eso, no por falta de amor, sino por vuestro bien, viene así

9. Pues quien tal día espera no debe dormir; quien tal huésped atiende (3), ataviada ha de tener su casa; quien tal esposo aguarda, no ha de ir fea ni llena de andrajos; y quien tal Sí QUIERO ha de dar, menester ha pedir la gracia del Señor para ser bien casada. ¿Qué haréis, señora, para este día alegre y terrible? ¿De dónde compraréis atavíos para bien parecer al que ama vuestra ánima? Idos a los pies de Él, y confesadle vuestra flaqueza y pobreza, y suplicadle que os vista y atavíe de la ropa de sus entrañas, que otro si Él, no os puede dar la mejor joya para bien parecer. No cura Él de oro, ni plata, ni brocado, ni esas poquedades en que miran los ciegos; mas la lindeza del ánima, que, lavada con la sangre de Él, se para más blanca que la nieve, más hermosa que la luna y más clara que el sol, y muy mejor ataviada que lo estuvo la reina Ester. Él os vestirá y dotará y hermoseará: suplicádselo vos estos días, entendiendo en le pedir perdón de los años que no le habéis mirado a Él, sino a vos: del tiempo que habéis vivido con vos, no con Él: del tiempo que os habéis amado, y a Él no, sino para vos; y lavad vuestra faz con agua de lágrimas por los años que no habéis conocido ni amado como debíades a quien siempre os miraba, guardaba y amaba.

10. Y leed algunos ratos en libros santos, y repartid algunas limosnas a los pobres, y recogeos un rato a rezar por la mañana y otro a la tarde; y no cesen de os decir Misas; y rogad al Señor por vos, el cual os haga tan suya, que podáis decir: *Vivo yo; ya no yo, mas vive Cristo en mí* (Gal., 2, 20), y os ponga por luz adonde otros miren para gloria de Cristo, al cui sea alabanza y hacimiento de gracias, ahora y para siempre jamás. Amén.

---

(3) *Atiende*: aguarda.

## 41.—A UNA DONCELLA ATRIBULADA.

*Describe los combates del espíritu, y despierta la confianza en el amor que Dios nos tiene.*

MUY AMADA HERMANA EN JESUCRISTO :

1. El cuidado que me pone Dios de vuestra ánima tengo por señal de merced. Porque allende de ser obligado a ello por la ley de la caridad, espero ser participante en el gozo que de su mano os ha de venir, pues me da alguna compasión el desconsuelo que ahora tenéis. Dios sea en todo bendito, sus juicios adorados, que por donde a nosotros parece pérdida, por allí con su alto saber nos gana, y esto para darnos a entender nuestro poco saber e insuficiencia, y para que de corazón nos ofrezcamos llenos de fe en sus manos. esperando remedio, sin saber el modo por donde ha de venir.

2. Grandes combates tendréis, con los cuales recibirá alguna turbación vuestra ánima. Porque mirando la vida pasada, pareceros ha que merece castigo; y los consuelos que habéis tenido también os desmayarán, temiendo el regalo pasado no se os torne en ocasión de castigo, viendo que lo perdisteis, y no os faltará escrúpulo que os haga entender que por vuestra culpa. Y juntarse ha con esto la tristeza que de presente sentís, y las angustias que de todas partes os cercan, y lo que adelante teméis que os vendrá. Todo esto junto os pondrá en tan grande aprieto, que os parezca estar en el angustia que el pueblo de Israel estuvo cuando, saliendo de Egipto (*Ex.*, 13), se vió cercado por los lados de altísimos montes, y por delante con la mar, y los enemigos que por las espaldas venían; y sentiréis muchas veces lo que dijo David, y sintió en sí mismo (*Ps.*, 30): *Yo dije en el ajenamiento (1) de mi ánima: Desechado soy delante la faz de tus ojos.* Y no faltarán demonios que os digan lo que a él, que *no tenéis salud en vuestro Dios* (*Ps.*, 3, 3). Veros habéis tal, que gustéis muchas veces angustias de muerte, y aun aquélla tendréis en poco, atemorizada de la obscura sospecha de pensar que Dios os desama. Y tras esto suele venir dureza y apretura tan

(1) *Ajenamiento*: enajenamiento.

grande de corazón, que le parece a la persona participar ya de la obstinación y muerte que en el infierno tienen los que allá están. Y acaeceros ha llamar y no ser oída; y en lo que buscábades y esperábades remedio, allí sucederos mayor desconsuelo, no hallando prenda de amor, mas desvíos, al parecer, desamorados. Y con estas y otras cosas que se suelen sentir en aquesta enfermedad, estaréis tan descontenta de vos, que tomaríades por ganancia la muerte.

3. Mas entre estas cosas, ¿qué os parece que se debe hacer? ¿Perderemos quizá la confianza de nuestro remedio, que tan muchas veces nos mandó tener Cristo? ¿Seguiremos los desmayos que el demonio y nuestra carne nos traen, o la esperanza que podemos cobrar de la benignidad de Aquel, que *cuando estuviere airado se acuerda de su misericordia?* (Hab., 3, 2). No hay, hermana, en esto mucho que deliberar, mas que ejecutar; no hay por qué desmayar, mas por qué esforzar. No os llaméis desdichada por lo que de presente sentís, mas bienaventurada por el amor que Dios os tiene, el cual no sentís. ¿Para qué queréis vivir en arrimo de vuestro sentido, pues es cosa que tan presto es engañado y engaña? No es justificado quien piensa que lo está, ni está fuera de serlo quien sospecha que no lo está. *No me juzgo yo a mí*—dice San Pablo (1 Cor., 4)—; *mas Dios es el que me juzga.* Y estános bien muchas veces el pensar que no somos amados, o no tan amados; porque es tan grande nuestra locura, que está mejor aprisionada con desabrimientos y tristeza, desmayos, angustias, que nos parezcan semejanza de infierno, que no andar sueltos con la libertad y regocijos que suelen traer los regalados de Dios; el cual, como buen padre, esconde el amor que tiene a sus hijos, porque no se hagan flojos y falsamente seguros, mas tengan siempre un poco de recelo, con que no se descuiden y pierdan el regalo y herencia que en el cielo les tiene guardado. Y aunque Él sabe cuán gran trabajo es para ellos sentir de Él que no está sabroso, y cuántas tentaciones se les levantan cuando Él parece que vuelve la cara, con todo esto quiere que pasen por esas angustias; y viéndolos y amándolos, disimula el amor que les tiene, y enséñales lo que, aunque les duele, los tiene seguros.

4. Y lo que más es de maravillar, que no sólo los deja padecer persecuciones levantadas por el demonio y otras personas; mas el mismo *Padre de las miseri-*

*cordias* y verdadero amador de sus hijos sobre cuantos padres hay el cual sólo sabe ser Padre, en cuya comparación los padres no saben amar ni amparar—y por eso nos mandó que *no llamásemos padres sobre la tierra* sino a Él (*Mt.*, 23, 9)—, único amparo nuestro, y tan rico en amor y tan vigilante en cuidado de lo que nos cumple, que hinche de lleno en lleno, y aun sobra, todo aquel regalo que el nombre del padre significa: esté tan cuidadoso de lo que nos cumple, no sólo ve lo que padecemos de nuestros enemigos y calla, mas Él mismo nos levanta los trabajos y nos mete en la guerra. Él es el que nos suele dar gozo después de mucha tristeza, como dió a Abraham a Isaac (2) el deseado, que quiere decir *risa* (*Gen.*, 21). Y así como mandó al padre que matase al hijo que el mismo Dios le había dado (*Gen.*, 22), y puso en tristeza al que Él primero había consolado, así suele quitar el gozo a los suyos, y decir que se lo maten, y que ellos vivan en continua tristeza. Y de esta manera, yendo los Apóstoles muy contentos y asegurados—aunque entraban en mar—con la compañía de Cristo, volviéronse en gran temor; porque vieron alborotada la mar, y ellos que ya estaban para se hundir, y a Él que los aseguraba, tan dormido (*Mt.*, 8, 24), que les parecía a ellos estar olvidado; y no estaba, porque Él mismo mandó que se levantase la tempestad; y si para esto no estaba dormido, menos estaba para los librar.

5. ¿Por qué, pues, estaréis angustiada de aquello que nuestro Señor envía? ¿Por qué os sabe mal la medicina que por mano de vuestro Padre piadoso ha pasado? ¿Pensáis quizá que tiene rigor para os atribular, y no poder para os librar de dondequiera que estéis caída, y misericordia para os perdonar y hacer mayores misericordias que antes? *Sentid de Dios*, con sentido de fe, *en bondad* (*Sap.*, 1, 1), aunque por vuestro sentido le sintáis riguroso; porque tanto mas acertaréis en lo primero que en lo segundo, cuanta ventaja lleva la certidumbre de la fe a la ignorancia del humano sentido. Guardada os tiene Dios entre esas espinas por excusaros las que nunca se han de acabar, según Él lo dice hablando de su viña (*Isa.*, 27): *De noche y de día la guardo; no tengo enojo con ella; y Él hace que ni el sol la empiece de día, ni la luna de noche*

---

(2) *A Isaac*; la edición de 1578, y *a Isaac*; pero esa y destruye todo el contexto.

(Ps., 120, 6); porque ahora consuele, ahora atribule, su sagrada vela (3) está sobre nosotros, y entonces más cerca, cuando nosotros por más apartada la tenemos.

6. No en vuestro parecer, hermana, sino en el de Dios os arrojad; y pues Él sabe lo que os cumple, y cómo os va, y cómo os irá; no andéis vos muerta del cuidado de ello. *No podréis*, con todo vuestro pensar y reventar, *añadir*, como dice el Evangelio (Mt., 6), *a vuestra estatura un solo codo*. ¿Para qué andáis tan en vos, pues os está mandado que os arrojéis en Dios? ¿Qué andáis tanteando vuestra salud por lo que a vos os parece, pues Dios ha de ser vuestro juez, delante cuyo acatamiento vale más su copiosa misericordia que nuestra pensada justicia? Cerrad vuestros ojos a todo aquello que os causa desmayo, y arrojaos en las llagas de Aquel que por vuestro bien las recibió, y hallaréis descanso. Porque mientras la bestia trajere sus ojos abiertos, nunca sacará agua de la noria, temiendo de caer en ella; y cuanto más os parece a vos no hallar vado para vuestros males, ni por dónde ni cómo se han de remediar, tanto más hay esperanza de remedio; pues donde falta el consejo y fuerza humana, allí acostumbra Dios de poner su mano; y aquella es la hora propia que esperaba para hacer misericordia, para que sepan los hombres que *no con espada ni arcos de ellos* (Jos., 24, 12), mas en la agradable y amorosa voluntad de Dios está su remedio. Y por eso, mientras más llena de miserias os viéredes, más os tened por aparejada y dispuesta para que Dios obre en vos su misericordia, porque la compasión de nuestras angustias le mueven a poner en nosotros sus ojos. Donde más abundan las miserias, allí más abundan sus misericordias, *levantando de la tierra al menesteroso, y del estiércol al pobre* (Ps., 112, 7), para que, desnudándole el sayal de su tristeza, le vista y cerque con ropa de alegría, y sea conocido por benigno y lleno de misericordias, y alabado por tal por boca de los que primero vivían en lloro; la cual alabanza le es agradable, según Él lo dijo: *Llámame en el día de la tribulación, y librate he y honrarme has* (Ps., 49, 15).

7. Y si tan presto como vos deseáis este día no viene, no por eso os turbéis; que el dilatar no es quitar, mayormente cuando el dador es verdadero. Y oirán vuestras orejas (Cant., 2): *Levántate, y date prisa*

(3) *Vela*: vigilancia, guarda.

*a venir, amiga mía, que ya se ha pasado el invierno, y han huido las alborotadas lluvias; ya aparecen flores en lugar de las espinas, y podando desconsuelos dará tu ánimo fruto de amor. Acordaos que nunca tanto el pueblo de Dios fué afligido, echándoles carga sobre carga, y dándoles crueles azotes, como cuando estuvo en víspera de libertad. Y así como después de noche y lluvia suele venir día y sol muy claro, y después de la tempestad vino bonanza, y tras los dolores del parto el gozo del hijo nacido, así pensad que vuestros grandes trabajos son mensajeros de grande alegría. Porque no es digno de la paz espiritual, y del dulce amor, quien no ha sido fatigado con enojosas guerras, y no ha gustado la amargura de ajenjos (Tren., 3, 15) de la espiritual desconsolación.*

8. En prueba os tiene Dios; sedle fiel en obedecer a todo lo que os enviare; amadle, aunque os azote; seguidle, aunque os vuelva el rostro; importunadle, aunque no os responda; y sabed, que no trabajaréis en balde, porque fiel es, *y no se puede negar (2 Tim., 2, 13), y no despreciará hasta el fin la oración del pobre (Ps., 101, 18).* Él se levantará, y mandará que se sosiegue la mar; Él os dará vivo vuestro Isaac, y tornará vuestro lloro en canto, y os dará abundancia de paz por las guerras que habéis sufrido. Y si vos este bien no merecéis, Él tiene bondad para hacerlo. Lo que a vos se os pide es que aprendáis a vivir entre las espinas, sin tener dónde reclinar la cabeza; y si poco podéis obrar, suplirse ha con padecer; y que estéis firme en el camino de Dios, pues sólo aquél pierde la corona, que huye y lo deja: que en lo que toca a vuestro remedio, el Señor os lo dará cuando y como vos no sabéis: y por el presente trabajo os dará abundancia de gozo con que le alabéis aquí y en el cielo, a perpetua honra de su Majestad.

#### 42.—A UNA SEÑORA

*En Adviento: de las tres venidas de Cristo: en carne, a juicio y al ánima; y cómo nos habemos de disponer para recibirle.*

1 No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas que se hable en otra cosa, si en ellas no; y así me parece que el tiempo del adveni-

miento de Cristo nuestro Señor no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importan, venir Dios.

Porque si hablamos de su advenimiento en carne, ¿qué cosa mayor puede haber, pues dice San Agustín que ésta «no tiene igual en cuantas Dios en tiempo ha hecho»?

Si hablamos de su venida a juzgar, ¿quién llamará pequeño al negocio de aquel día, pues se han de juzgar en él todos los días que han vivido todos los hombres, y darse a unos vida que siempre viva, e inefable descanso, reinando con Dios, y a otros muerte que siempre estén muriendo, en compañía de Lucifer y los suyos? No es pequeño día aquél sino para quien no lo piensa; aunque hablando verdad, para aquél será más terrible día y más pesado negocio, que ahora menos caso hace de él.

2. Pues estos dos advenimientos son muy grandes, no se tenga el tercero por pequeño; pues siendo de venir Dios al ánima, es razón que nos ponga grande admiración. ¿Quién, a quién, y a qué viene? ¿Quién vió venir los reyes a las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto no por cosa que a los reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido. ¿Qué cuidado es razón que ponga esta voz: El Señor quiere venir a vuestra casa, al ánima que lo cree y quiere gozar de tal Huésped? ¡Oh gran confusión de nuestra mayor desvergüenza! Ponemos cuidado y muévenos todo el corazón saber que viene a nuestra casa una pequeña criatura, ¡y oímos con orejas sordas y con corazón más que muerto: El Altísimo quiere venir a ti! Abrimos luego a quien llama a nuestra puerta, y veces hay que por nuestro mal, ¡y dejamos estar a nuestro Señor llamando a la puerta de nuestro corazón para entrar cargado de bienes, y hacémosnos sordos, y no le queremos abrir! Justicia tendrá el día postrero en cerrar Él la puerta de su misericordia, y decir (*Mt.*, 25): *No os conozco*, a los que llamaren: *Señor, Señor, ábrenos*. Pues no es mucho que desprecie entonces al que ahora le desprecia a Él.

3. ¡Oh quién un rato hablase a solas y en seso con su ánima propia, y le preguntase, qué es aquello por lo cual no abre a su Señor, y cuál es el estorbo que tiene para servirle! ¿Quién puede hacer contrapeso a estar

Dios llamando a la puerta, convidándonos con *que si le abrimos cenará con nos, y nos con Él?* (Apoc., 3.) Él come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas, y gózase de cómo le pedimos lo que nos falta, y agradecemos lo que nos ha dado; y nosotros comemos del perdón de los pecados que nos da, del esfuerzo en los trabajos, y de otras mil mercedes que consigo trae, que dejan al ánima tan harta y tan otra, que le parece haber resucitado de muerte a vida. ¿Qué es aquello, ánima mía, qué es aquello que tienes en tu corazón porque no abres luego, luego y de prisa al Señor que a tu puerta llama? (Cant., 5): *Su cabeza tiene llena de rocío, y sus cabellos llenos de gotas de la noche*, que son los muchos golpes y remesones que le dieron en ella por ti, cuando dijo (Lc., 22, 53): *Esta es vuestra hora y poder de las tinieblas*. ¿Por qué eres desagradecida a tanto amor, y mal criada a tal Majestad? Abre ya, y echa de tu corazón cualquier cosa que te estorbe el puro y fuerte amor que le debes; porque cualquier cosa que sea, adúltero es, y no tu varón, pues éste es sólo Dios tuyo.

¿Qué esperas a mañana, que no sabes si lo verás, ni cómo en él estarás? Ya es hora de levantar, que alto va el sol; y basta lo dormido y perdido de tu vida, pues no has vivido más de cuanto has vivido a Él. No te entristezcas por dejar los estorbos, ni te fatigues al tiempo del levantar, que el Señor hará que te alegres después de levantada, mucho más que es la pena que te da el levantar. Ofrécele al Señor tu dolor y trabajo que pasas por Él. Ofrécele lo que en tus ojos más luce, y el contentamiento que podrías tener. Y cuanto éste fuere más y mayor, tanto más te alegra en lo dejar; porque por el Grande, mucho se ha de pasar, y mucho se ha de dejar; que al fin, no será tanto, cuanto el Grande pasó por ti, y cuanto Él te quiere pagar.

4. Sea por amor, sea por vergüenza, sea por codicia, sea por temor, no te cumple otra cosa que ser sierva del Señor, y trabajar por tenerle contento; porque Él es el que con su bondad y hermosura merece todo tu amor, aunque mucha más fuerza tuvieras. Cuanto más, que compró justísimamente tu amor con amarte Él primero. Y de aquí nace, que es mucha desvergüenza tuya no redamar a quien primero te amó. Si vergüenza tienes, mira que fuiste primero amada; y paga deuda tan justa, porque no seas lla-

mada mala y desvergonzada. Y mira más, que amándole a Él, te ganas a ti y ganas a Él; porque no hay medio para ser tú salva, si no es por amarle; ni para alcanzarle a Él, si con amor no le hieres. No aprovecha que lo quieras comprar con todo cuanto quieras por Él dar en cielo ni en tierra, aunque todo sea tuyo y lo des; y con sólo tu corazón que le des, lo has comprado sin falta ninguna; no porque des el precio que Él merece, mas porque Él se quiere cautivar y prender de quien ve preso de amor por Él.

5. ¡Oh codiciosos! ¿qué hacéis entendiendo en trabajos inciertos, trabajos[os] y quizá perdidosos? ¡Andad acá a las ferias de Dios! ¡amadle, y es vuestro Dios! ¿Qué hacen los de corazón magnánimo, que esta joya tan grande no buscan, pues con sólo corazón contrito, y despreciador de las poquedades, y apreciador de esta grandeza, alcanzan a Dios? Venid todas las gentes, pequeñas y grandes, al convite del Señor, el cual se da por posesión tan propia de quien lo quiere, que es más nuestro que el pan que comemos y ropa que vestimos. ¿Estaremos, pues, sordos a esta voz? ¿Quedaros hemos atollados en nuestro cieno, experimentando cada día el poco satisfecho que nos dan las cosas de acá? Comencemos ya, pues, vida nueva y partido nuevo por Dios y para Dios; seamos enemigos de sus enemigos, que son nuestros propios afectos, y aparejémosle posada en nosotros, abriéndole el seno de nuestro deseo. Él se llama *el Deseado de todas las gentes* (*Ageo.*, 2), y no quiere venir sino donde es *deseado*; y no sólo deseado, mas llamado y rogado. Con que miremos que no le convidemos, y después no tengamos qué darle. Aparejemos nuestro corazón, y de ése comerá; abundemos en buenas obras, y éstas serán atavío de casa; amemos el reposo y silencio, porque más podamos tratar nuestros negocios con Él; y a tiempos salgamos a nuestros prójimos por la caridad para que así cumplamos con Él y con ellos; y de tal manera nos hallemos, como si presto hubiésemos de pasar de este destierro a la tierra de los bienaventurados. Allá lleve Cristo a V. I. S. Amén.

## 43.—A LA MISMA SEÑORA

*En tiempo de Pascua de Reyes: le dice cómo ha de ir a adorar al Niño, con los Reyes, guiada por la estrella de la fe; y que le ha de ofrecer oro de amor divino.*

1. El Adviento escribí a V. S. la gran merced que nuestro Señor nos hacía en querer venir a nosotros, y la bienaventuranza del ánima que lo recibe. Espero de su misericordia que habrá venido a la casa de vuestra señoría, y que lo ha recibido con fe y amor. Y por esto no resta sino que toda se ofrezca en perpetuo sacrificio al mismo que ha querido ofrecerse a ella por Huésped amoroso, y que imite la fe y ofrendas de los Magos después que al Niño hallaron, pues les ha imitado en el trabajo de lo buscar.

2. Bien será que contemple V. S. al gran Señor tan humillado en un portal y pesebre, donde la razón humana de los Reyes no lo pensó de hallar; mas la estrella, que es la fe, no quiere pasar adelante, mas con rayos más resplandecientes declara, como con lenguas, que en aquello escondido a la razón está aposentado el que es sobre todo ciencia y razón; porque así aprendamos a creer más firmemente donde menos señales de ello halláremos. Porque, si como estrella los guió, los guiara su razón, fueran a buscar al Rey nacido en algún gran palacio real, pues el lugar y lo que en él está han de ser proporcionados. Gran merced hizo el Señor a quien le provee de su estrella, que es la fe, para que busque a Dios escondido, así en los pañales y pobreza de su nacimiento, como en el desprecio y muerte de cruz. En una parte le hallan los Reyes, y en otra el Ladrón; porque ellos y él tuvieron ojos de fe, y ésta les hizo adorarle echados en tierra, protestando ser nada delante su acatamiento. Porque si lo conocieran por Rey terrenal, aunque grande, bastara hacerle reverencia de hombre a hombre; mas postrarse unos grandes delante un Niño, señal fué de la interior fe con que conocieron la Majestad escondida en la niñez.

3. Y mire V. S. que no parezca vacía delante el Señor; ni piense que da algo si su amor no le da. Ninguna cosa sin Dios puede a vuestra señoría hacer bienaventurada, y ninguna que ella le dé, fuera de sí,

puede a Él hacer contento. No es este amor de interés, que mira a las dádivas, sino muy verdadero, que es unión de corazones. Y este es el lenguaje, como San Bernardo dice, en que Dios y el ánima se comunican y se hablan a un tono. Porque si el Señor me castiga o amenaza, no tengo yo de hacer lo mismo; antes humillarme, mientras Él más se ensalza; mas si me ama, helo de amar, diciendo como la esposa: *Mi Amado a mí, y yo a Él* (*Cant.*, 2). ¡Oh gran dignidad de la criatura, poder traer con su Señor el dulce yugo del amor, y responderle como de igual a igual, pues el amor abaja los montes y alza los valles! Ofrezca su amor al que, por amar, de grande es hecho Niño, y de Dios Hombre, y derrama su sangre a cabo de ocho días, que no se contentó con lágrimas cuando nació. No se hurte a este Señor, pues tan verdaderamente es suya, porque no sea de aquellas de quien dice Jeremías (7): *Fuese consigo misma, como quien se alza consigo*. ¿Dónde con más razón se debe, dónde con más provecho se puede emplear? ¿Dónde más alto puede subir, que en amar a Jesucristo, que la amó y lavó con su sangre, y se da a sí mismo al que lo ama, y de hombre la torna Dios?

4. Sea en esto recatada, y ofrezca oro al Niño Jesús: porque así como poco de oro vale más que mucho de otros metales. así poco de amor verdadero es más precioso que mucho cobre y otros metales de temor y de interés, o de obras que de estos afectos nacen. Muchos se miden por hacer muchas obras buenas, y no entienden que no mira Dios allí, sino al corazón de que nacen; y que le puede a Él ser más agradable uno con menos, que otro con más, si el de menos obras tiene mayor amor. Persona habrá que en un ayuno o pequeña limosna agrade más al Señor, como la viuda (*Mr.*, 12), que otras con muchas; porque lo hace con más amor que no el otro. Y en esto parece la grandeza de nuestro Dios, que ningún servicio, por grande que sea, es grande delante de Él, si no es grande amor. Porque quien no ha menester cosa alguna, ni puede crecer en riqueza ni en otro bien, ¿para qué quiere todo lo que le pueden dar, sino el ser amado, que es dádiva tan agradable, que ninguno la debe desear? Y así la pide Dios tan de verdad, que quien no se la diere le castigará con eterna muerte. ¿Qué cosa tan sin codicia como el que ningún servicio ha menester? ¿Y quién con tanta, como el

que castiga con infierno a quien no le da su amor, y muy de verdad, y sobre todos los amores? Y así decía San Agustín: «Señor, ¿en qué posesión me tienes, que me mandas que te ame, y si no lo hiciera me amenazas con grande miseria?» Este, pues, sea el principal cuidado de vuestra señoría, entender en amar al Señor.

5. Y por eso se ha hecho chiquito, porque cuanto disimula de la Majestad, tanto demuestra más su bondad; y ésta nos atrae al amor, que mira más la pequeñez que tomó, que a la grandeza que le es natural. Su saber se esconde, hecho Niño sin saber hablar: su poder también, estando ligado con unos pañales y ceñido con fajas: padece del frío; y todo, porque mientras más cosas de éstas esconde, más se manifieste su amor, para que así le amemos a Él cuanto más le viéremos padecer por nosotros. Cierto es que verle temblar de frío más nos enciende, que si le viéramos muy bien arropado, y que no llegara trabajo a Él. Y por tanto, es muy malo quien le niega su amor, pues tan a su costa lo merece este Niño, y tan a costa del que no lo da será su castigo.

6. Y quien esto da, *ofrece al Señor holocaustos con medulas*, como dice David (Ps., 65); porque como el fuego quema todo el animal, así el amor todo el hombre, de dentro y de fuera. No consiente pajas de vanidades en lo exterior el fuego del verdadero amor. ¿Cómo podrá acabar consigo de ser amador de pompas el que de verdad ama al Niño Jesús, puesto en un pobre pesebre, pues el amor hace ser semejables? Gran luz nos es ver a Dios acá abajo, para saber por dónde hemos de caminar para le agradar. Y pues camina al revés del mundo, escojamos de qué guía más nos fiamos, que a entrambas no podemos seguir, y la del mundo para en error, pues Cristo es verdad que salva a los que la creen y siguen. Y tenga medula el animal, porque es cosa blanda y que presto se derrite. Y así tiene el corazón el que al Señor ama; porque ahora sea para las cosas de Él, como para lo que toca a los prójimos, no tiene sequedad ni dureza, sino blanda ternura. Y tiene guardado muy bien su amor, como está la medula dentro del hueso; porque antes que llegue al amor, tiene puesto en guarda la piel y la carne y la dureza del hueso. Todo lo que tiene y desea pone delante quien ama, para que antes se pierda aquello, que no tocarle en el amor. Y tiene un pro-

pósito firme y duro, así como de hueso, de no perder el amor del Señor. aunque arriesgue todo lo que es y ser puede. Tal ha de ser el oro que vuestra señoría ofrezca al Niño nacido en pobreza, para que ofrezca *abriendo su tesoro* (Mt., 2) como los Reyes hicieron: porque si este corazón no abre, que es su tesoro, todo lo otro diremos que de fuera le cae, y es oropel y no oro, y tomarse para sí lo mejor, y dar al Señor lo peor.

7. Abra, pues, su corazón, y meta en él al Niño nacido, pues aquel corazón sólo vive en quien Él está; y pues es poco pesado, no lo quite de su seno, como *el manojito de mirra* que dice la Esposa (Cant., 1). Trátale con reverencia, porque es Dios: ose comunicarse con Él, pues que es Niño, y tan suave tiene el Corazón, cual parece en lo de fuera. Guárdelo bien no se le caiga, porque pide mucho cuidado para guardarlo. Y si no hay mucho amor, luego se le olvidará o le parecerá muy pesado. Y de tal manera negocie con Él, que no descanse hasta que sienta por conjeturas ser amada y amar; que hasta que una ánima esto siente, siempre vive en temor, tristeza y carga de Ley; y cuando a esto ha llegado, no hay cosa que la pueda fácilmente turbar, por pensar que está Dios con ella y ella en Dios. Y así acaezca a vuestra señoría. Amén.

#### 44.—A DOÑA LEONOR DE HINESTROSA (1)

*Afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales. Que el fundamento de nuestra esperanza no tanto son nuestras buenas obras, cuanto los merecimientos de Cristo.*

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Dos cosas creo que son las que atribulan a vuestra

---

(1) Así lo dice terminantemente Fr. Luis de Granada refiriéndose a esta Carta *«excelentísima, que está en el fin del primer tomo de su Epistolario»*. (VIDA DEL M. AVILA, p. 1.<sup>a</sup>, § VI.) Allí mismo pueden verse las virtudes de esta señora, discípula y hospedadora del M. Avila, que troco su noble apellido por el de DOÑA LEONOR DEL COSTADO (de Cristo).

merced: una el cuerpo que pasa trabajos, y otra el ánima llena de desconsuelos, los cuales le nacen de parecerle que está contraria a Dios por no servirle como desea. Y aunque padece, como dicen, «por mar y por tierra», creo que cuanto excede el ánima al cuerpo, exceden las desconsolaciones de ella a los trabajos de él. Porque quien tiene deseo de agradar a Dios, fácilmente ofrece su cuerpo a cualesquier trabajos; mas no fácilmente sufre en su ánima las culpas que comete, o le parece que comete contra el Señor; y de buena gana acrecentaría en trabajos de cuerpo por quitar de su ánima culpas; porque, cierto, dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia para roer las entrañas de quien comete pecado.

2. Mas si Dios encaminase a vuestra merced quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo nuestro Señor, luego huirían de su ánima esas desconsolaciones que tanto desmayo le causan, como *huía del rey Saúl el espíritu malo* al sonido de la música dulce del profeta David (1 Reg., 16, 23). No hay ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza, y henchirla de gozo, si de ella se quiere aprovechar. Y como a tal dijo el ángel a los pastores (Lc., 1): *Anúnciosos un gozo grande que tendrá todo el pueblo, porque os es nacido hoy el Salvador*. Y el mismo Señor dió testimonio de esto diciendo (Isa., 61): *El espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió, y me envió a dar buenas nuevas a los pobres, y a sanar los quebrantados de corazón, y a predicar libertad a los cautivos, y dar vista a los ciegos, y a dar suelta a los quebrantados con deudas, y a predicar el año agradable del Señor*.

Y por no saberse vuestra merced aprovechar de la consolación que trae esta nueva, viene a ser hollada de la desconsolación que tan demasadamente le aflige, quitando los ojos de este Señor puesto en cruz, *para que todo hombre que con ojos de fe y de amor le mirare, no perezca* (Jn., 3, 15), y poniéndolos en sí misma y en sus obras, que es una vereda tan sin consuelo, que ningún hombre que por ella caminó a solas, puede tener paz ni consuelo. Porque como cada cosa da tal fruto cual ella es, no puede tener más paz ni contento quien mira a sus obras solas, de cuanto ellas tienen de bondad. Y aunque no todas sean pecado, como muchas de ellas, especialmente en hom-

bres imperfectos en el servicio de Dios, sean llenas de faltas, y semejables, como dice Isaías (64), a paños de mujer menstruada, que es grande asco mirarlos, de ahí viene que den crueles bocados de remordimiento al ánima que las obró, y son más causa de lloro que no de consuelo. Lo cual dice San Bernardo haberle acaecido a sí mismo diciendo a su ánima: «¡Oh viña mía, cuántas cosas nos fueron hurtadas por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con más vigilancia a entender en el cuidado de nuestra guarda! ¡Cuántos y cuáles racimos de buenas obras nos los ahogó la ira, o se los llevó la jactancia, o los ensució la gloria vana! ¡Cuántas cosas padecimos del regalo de la gula! ¡Cuántas del espíritu de la acidia! ¡Cuántas de la desconfianza y tempestad del espíritu!» De esto que San Bernardo dice, y de lo que cada uno en sí experimenta, se ve claro que quien se arrima a cosa tan llena de menguas no puede tener en pie la alegría de la confianza; mas por fuerza ha de ser apretado con angustias y desordenado temor, cotejándose con la ley de Dios y viéndose falto en ella, sin saber adónde arrimarse.

3. Gran temor dió la ley cuando fué dada en el monte Sinaí, y tanto que dijeron los que allí estaban (*Ex.*, 20): *No nos hable el Señor, porque no muramos.* Y de esta manera, cuando un ánima considera los mandamientos de Dios, y las terribles amenazas que están puestas, y que de cierto vendrán, contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquéstos, síguesele muy grande tristeza, sintiendo tanto mal de presente, y temiendo otro mayor en lo por venir, y anda con tal remordimiento y acusación y tormentos dentro de sí, que le parece ser él para sí un intolerable infierno. De lo cual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir luenga vida con remordimiento continuo de la conciencia. Y no sólo este mal, más muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre a sí mismo a solas. ¿Pues qué remedio tendremos, pues que no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por cierto, el que suelen dar a los que pasan por algún río y les avisan diciendo: *No miréis al agua que corre, porque se os desvanecerá la cabeza y caeréis y os ahogaréis; mas mirad hacia arriba fuera del agua, e iréis por las aguas seguro.* Estas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son,

a las cuales solas ningún hombre miró, que no le diese desmayo, por justo que fuese; porque delante el acatamiento de Dios todos se conocen faltos, y le suplican (*Ps.*, 142): *No entres, Señor, en juicio con tu siervo.* Y aunque muchas obras hagan justas con que agradan a Dios, mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín que «aunque sean santos, tienen de qué llorar».

4. Conviene, pues, no mirarnos a solas; mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo nuestro Señor, el cual es [tan] lleno de misericordia y remedio, y de merecimientos para nosotros, que basta y rebasta para consolar y enriquecer a los muy tristes y pobres. Sépalo, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que se desean salvar, no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos los que con fe y penitencia se sujetaren a Él, según dice San Pablo (*Hebr.*, 5, 9): *Que fué hecho causa de salud a todos los que le obedecen.* Y teniendo tal arrimo en Él como tenemos, estamos tan confiados y sosegados, cuanto es razón que lo estén los que participan de merecimientos de Dios humanado. Porque el negocio de salvarse los hombres, más es gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios. Y más quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia, que de pagar lo que debe; porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo, y por Él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia, y como a tales darnos fuerza para servirle como buenos hijos, y como a tales prometernos la herencia, esta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere Él que sea conocida y agradecida. Y por esto dijo San Pablo (*Rom.*, 6, 23), *que la vida eterna es gracia de Dios;* porque aunque se requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas éstos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gracia del Señor y de ser incorporados en su Unigénito Hijo, lo cual resulta no en alabanza del hombre, mas en la de Dios y su gracia. Porque una cosa es *herencia* que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra es *jornal* que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos. Y lo que nosotros esperamos, *herencia*

es, y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar *jornal*, mas no se han de hacer con ánimo de jornalero interesal y extraño, mas de hijo, que con amor sirve a su padre, cuyos servicios más son galardonados por ser servicios de hijo. que sudores de jornalero (2).

5 Y pues este negocio es entre padre e hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga o deje de hacer no conforme a la voluntad de su padre, luego le han de desheredar. Porque, según hemos dicho, esta herencia, y este consuelo y confianza para la alcanzar, no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras; porque si así fuera, ¿qué cosa hubiera de mayor desconsuelo, que en cosa tan importante, estar arrimados a cosa tan flaca; y que si nuestra fuerza u obras faltaran, ya no hubiera más remedio para cobrar la gracia perdida ni esperar herencia de padre? Como se suele hacer con los jornaleros, que si no trabajaron, o mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de lo cobrar por misericordia. Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que, por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, nos quiere salvar, dándonos remedio para que aunque nuestras obras falten, aunque sea quebrantando los mandamientos de Dios, podamos, si queremos—y Él nos ayuda a querer—, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida, y ser salvos por Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia que nosotros no merecíamos.

Y si vuestra merced dice, como suele decir, que allende de estos merecimientos de Cristo son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola fe no basta, digo que es verdad; mas ¿qué tantas han de ser estas buenas obras para esperar o el perdón del pecado, o la herencia del cielo? En esto, señora, gravemente se engaña. Porque todo aquel que tiene fe, esperanza y amor, que le causa propósito de obedecer a los mandamientos de Dios y de su Iglesia, en gracia de Dios esta; y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera, o heno en que pagar en el purgatorio. Y porque aquí hablo para ella, cuya vida tengo conocida, le digo de parte de nuestro Señor (en todo cuanto a mí se me entiende), que con

---

(2) Véase el *Tratado 16 del Santísimo Sacramento*.

esa vida que tiene, tal cual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de nuestro Señor; y que mientras Él le diere en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvará. Mas si siente de la bondad divinal y de los merecimientos inmensos de Jesucristo nuestro Señor tan estrecha y bajamente, que piense que si uno no es tan perfecto cual ella lo tiene pintado y desea ser, que este tal no será salvo, no es así, porque Cristo tiene en su cuerpo místico miembros perfectos e imperfectos. Sospecho que le ha de decir nuestro Señor: «Como lo crees»; o por mejor decir: «Pues que no crees así, no te salves.»

6. Deje ya, señora, de medir a Dios con tan chico palmo, y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija, y prometerle la herencia, cuando le dió gracia de que, con dolor de sus pecados, se confesase y propusiese de ahí adelante de servir a Dios. Y sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesucristo, prosiga los ejercicios de su buena vida con alegría y esfuerzo; y si cayere, procure de se levantar con el socorro de los Sacramentos. Y no piense que, aunque sea hija imperfecta, le han de negar la herencia del cielo; porque aunque entre los hijos haya uno enfermizo, y cuan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo también hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, señora, no impiden la herencia de hijos; acá o en purgatorio se pagan. Y si fuere mortal, y le socorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitará el cielo; porque el grande amor que Dios nos tiene por Jesucristo su Hijo, le movió a darnos remedios para que cuando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remediados y fortalecidos.

7. Y paréceme cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida. Y por una parte tiene a Dios por altísimo, y al pecado por muy malo, por ser contra Él; y por otra parte siente de Dios bajamente, pues no confía que, por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo, usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aun eran dignos de azotes; y por el mismo Señor son sufridos y amparados los que, mirando a sí mismos, merecían ser castigados. Esta, señora, es

la verdad, cuya confesión redundaba en gloria de Jesucristo; y si nosotros de nuestra parte no lo merecemos, mereciólo Él para nosotros. Quien esto cree, alaba a Dios, y de la cosa que Él más quiere ser alabado, que es de ser bueno y bienhechor de los hombres, aunque ellos no lo merezcan. *Porque si la gracia que se da por Jesucristo a los penitentes fuera por merecimientos de ellos, no fuera gracia, sino deuda*, como dice San Pablo (*Rom.*, 11, 6); y si dar Dios el cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa a ellos debida sin tener cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. Y por eso no se da por ellas a solas, si no se junta con ellos la gracia que se da por Jesucristo nuestro Señor, de la cual y del cual las obras del hombre tienen valor de merecimiento para tan grande bien como es el eterno reino.

8. En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo castigador sabio y fuerte, y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas. ¡Qué mayor novedad pudo ser, que hacerse Dios hombre, y ser pobre y cansarse el que es riqueza y descanso del cielo y la tierra! ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida! De las cuales obras nuevas y amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio pensar que Él es *tan rico en amor y misericordia*, que nos sufre y ama, aunque nosotros no le respondamos tan por entero como era razón.

9. Y si vuestra merced sintiese la palabra que me escribió, diciendo que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin sino para persuadir a vuestra merced lo que ella misma me escribe. Pregunto, señora: Si Dios la ama, ¿de qué está acongojada, entristecida y desconfiada? ¿Por ventura no ha oído lo que dijo San Agustín, que «Dios no ama y desampara»? ¡Oh divina Bondad, que amaste a los que estaban lejos de Ti, y por amor les inspiras la penitencia, y los traes a Ti, no habiendo en ellos cosa digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! ¿Y por qué no confiarán los que Tú trajiste,

que tendrás bondad para sufrirlos siendo ya hijos, pues tuviste bondad para los traer siendo enemigos? Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones como Tú sabes que contra Ti se hicieron, y ¿pensaré yo que me tienes guardados mis pecados menores que ahora hago? Que aunque, por vía de conocerte más, y de haber recibido mayores mercedes, sean en alguna manera mayores; mas, en fin, ellos en sí son muy menores, y me dañarán menos; porque conociendo tu misericordia mejor que antes, y el remedio medicinal de tus Sacramentos, que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesucristo nuestro Señor, tengo más ocasiones y alientos para pedir el perdón y para esperarlo. Y si Tu, Señor, quieres sacar de mis caídas esta alabanza que digan que eres tan bueno, que salvastes un tan malo como yo, sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega a Ti que mis males y bienes sirvan, Señor, a que Tú seas glorificado. A unos salvas guardándolos de caídas, y a otros perdonándoles las que dan. Y aunque yo quisiera ser más de los que no caen, no por eso dejaré de esperar de tu bondad que me salvarás aunque haya caído, y que me ayudarás a levantar en lo de adelante. Bendito seas tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males, y me declaraste adónde me arrime para no caer, y a quién dé la mano después de caído; a quién dé gracias cuando estuviere en pie, y a quién pida perdón cuando hubiere pecado.

10. ¡Oh Jesús benditísimo, Hijo de Dios Padre y de la bendita Madre Virgen María, *Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo*, abogado y amansamiento delante del Padre por nosotros tus siervos, consuelo de tristes, riqueza de pobres, poderoso esfuerzo de los enflaquecidos! Por eso te llama San Pablo (2 Cor., 1) *esperanza nuestra*. ¿Qué diré, Señor, de Ti que digno sea de tus alabanzas? Amparo de nuestra orfandad, merecimiento de la justificación de nuestros pecados, esposo de nuestras ánimas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo Tú condenado nos absolviste, y cayen-

do sobre Ti las maldiciones [de] la Ley y deshonras de hombres, hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios. [Te] abajaste, Señor, hasta ser acompañado de los ladrones, para darnos a los ángeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del cielo, adonde entremos a gozar de tus benditos sudores.

¡Oh Padre muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar trasnochar, caminar y sudar, y después morir, para con tu vida y tu muerte dejar a tus hijos ganado tanto favor y riquezas, que aunque ellos falten en tu servicio, tengan remedios y favores y valor para ir a gozar de lo que por sí no merecieron, y alegres en el conocimiento de tus riquezas, bendigan para siempre tu amor, que te constriñó a vivir y morir por el bien de tus siervos! En este amor me gloriaré y confiaré, que es fortísimo; no en el flaco que yo a Ti tengo. Esta es mi gloria cuando bien me glorío; esta mi riqueza y mi esperanza, y en esto estoy confiado, y cantaré: *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que le deposité para aquel día*, como dice San Pablo (2 Tim., 1). Y si pregunta por qué, diré lo que dice San Agustín: Que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder para hacer bien a quien ama, y verdad para cumplir lo que promete.

11. Este Señor es fundamento certísimo, en quien debemos estribar; que nuestras obras, muchas de ellas, son tales como *caña flaca* y *quebrada*, que quien a ella se arrima, antes se horada la mano, que se pueda sustentar en ellas; y las que son buenas y de valor, por la gracia de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesucristo, en los cuales me gloriaré, y en su gracia que me ganó; *mas en mí mismo no, sino en mis flaquezas* (2 Cor., 12, 5). ¡Señor Jesucristo! Yo confieso delante de Ti que soy pobre, desnudo, hombre flaco y pecador, lleno de muchas deudas antes que te comenzase a servir, y también después; mas yo te confieso por perdonador de los que con corazón quebrantado te piden perdón. Mayor es tu misericordia que mi maldad, y por esto confío más por Ti, que desespero por mí. Tengo por gran

merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí; mas en la tuya, Señor, que por tus merecimientos infundiste en mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna y te sean agradables. Y tengo, Señor, confianza que sufrirás con paciencia las faltas de aquel que trajiste a Ti con amor. Y mientras me durare contigo la fe y el amor que por tu misericordia me has dado, me durará la esperanza viva que me has de salvar, y que me darás perdón de mis faltas cuando te lo pidiere, como dulcísimo Padre a su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres y ligeramente perdonas.

12. Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesucristo nuestro Señor, *y metamos en el seno la esperanza* (Job., 19, 27) de la gloria que nos ganó. Y así, pues ha dado conjeturas que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia y obediencia de los mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos trajeren, poniendo luego la medicina de la penitencia sobre ellas, en confianza que, por los merecimientos de Jesucristo y virtud de sus Sacramentos, somos perdonados. No obremos con desconfianzas; mas adorando y agradeciendo al Eterno Padre que nos dió a su Hijo, por el cual y en el cual nos hizo agradables, dándonos su gracia y favores, confiemos que agradamos a Él, no sólo en las obras altas, mas aun en las muy comunes, así como dice San Pablo (1 Cor., 10): *Ahora comáis, ahora bebáis, o cualquiera otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios*. Y de esta manera tengamos reposado nuestro corazón, pensando que pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como a Padre en lo que conforme a su ley y razón hacemos. Esta alteza y dignidad no la hubimos de nuestra cosecha; nuestro Señor Jesucristo nos la ganó para que participásemos del agradamiento que Él tiene delante del Padre.

13. Y así como en lo que hiciéremos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos a Dios, así en lo que nos viniere debemos pensar, que nos lo envía Él por nuestro bien, y esforzarnos a recibirlo con hacimiento de gracias. No envía Dios a los suyos lo que les envía para ponerles tropiezos ni lazos, mas con amor paternal, para que de todo saquemos bien y

conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconsuelo, como lo suelen hacer los hombres llenos de achaques, que de las mercedes que Dios les hace sacan más desconfianza, diciendo: Lo próspero que Dios me envía, es por pagarme en este mundo y condenarme en el otro, y lo adverso es para principio de condenación infernal. No deben hacer así los que al Señor desean servir; mas en lo uno y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar a salvar, y que su voluntad es que andemos alentados y consolados con las señales que tenemos en ser amados y muy amados de un Rey y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios envía conforme a su voluntad y a nuestro descanso; porque recibéndolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida sino un continuo tormento. De manera que debemos traer el corazón confortado y fiado de Dios, estribando en Él, y no en nuestra flaqueza, y con corazón amoroso hacer y sufrir lo que conviene según su ley.

14. Y ese cuerpo, que Dios dió a vuestra merced para martirio, no sé en qué mejor lo pueda emplear que en ofrecérselo para que le sirva en ese estado que le dió pariendo y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima para tener en qué padecer por nosotros, piense vuestra merced que la que Dios dió a ella es sensible para que padezca por Él.

Confiado estoy de su misericordia, que Él está de ella contento. Deseo que vuestra merced esté sosegada, y que las cosas de su ánima y de su casa las haga con este corazón que le he dicho, confiando de su bondad, que pues Él le puso en esa atahona, que Él se sirve que ande alrededor de ella. Y si lo que le he dicho no basta para sacarle de sus desconfianzas, que tanto le dañan, no resta sino que roguemos a Dios que Él de su mano le dé confianza y conforte (3) de corazón, pues es dádiva suya; esperando con estas prendas y conjeturas ya dichas de estar en su gracia, que nos hará merced de nos guiar hasta nos meter en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios. Sea Él en quien esperamos, y Él sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mismo Dios.

---

(3) *Conforte*: confortación, fortaleza.

## PARTE SEGUNDA

### 45.—PARA JUAN DE DIOS

*El de Granada; animándole al amor y servicio de los pobres, no olvidándose de su particular recogimiento.*

Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco por hijo; porque si por ser ruin, decís que no lo merecéis, por la misma causa yo no merecía ser padre; y así, mal podré yo despreciaros a vos, siendo yo más digno de ser despreciado. Mas pues nuestro Señor nos tiene por suyos, aunque somos tan flacos, razón es que aprendamos a ser misericordiosos unos de otros, y a llevarnos con caridad, como él hace con nosotros.

Yo, hermano, tengo mucho deseo que vos deis buena cuenta de lo que nuestro Señor os encomendó; porque *el buen siervo y leal ha de ganar cinco talentos con otros cinco que le dieron*, para que oiga de la boca de nuestro Señor (Mt., 25): *Gózate, siervo fiel y bueno; porque en pocas cosas que te encomendé fuiste fiel, yo te pondré sobre muchas*. Y de tal manera tened cuenta con lo que os encomendaron, que no olvidéis a vos mismo, sino que entendáis que el más encomendado vos sois. Porque poco aprovechará que a todos saquéis el pie del lodo, si vos os quedáis en él. Y por eso os torno otra vez a encargar que busquéis algún ratico para rezar vuestras devociones, y que oigáis cada día misa, y el domingo sermón; y en todo caso os guardéis de tratar mucho con mujeres; porque ya sabéis que el lazo que el diablo arma para que caigan los que sirven a Dios, ellas son. Ya sabéis cómo David pecó por ver a una, y su hijo Sa-

(\*) Reproduce la 2.<sup>a</sup> Parte (2.<sup>o</sup> tomo) del Epistolario de 1578.

lomón pecó por muchas, y perdió tanto el seso, que puso ídolos en el templo del Señor. Y pues nosotros somos muy más flacos que ellos, temamos de caer, escarmentemos en ajenas cabezas. Y no os engañéis con decir: Quiérolas aprovechar; que debajo de los buenos deseos están los peligros cuando no hay prudencia; y no quiere Dios que con daño de mi alma yo procure el bien ajeno.

Y acerca de las necesidades que tenéis, ya os he escrito cómo hay dondequiera tantas, que si vamos a pedir, dicen que harto tienen que remediar en lo que tienen delante. Y pensé que el señor Duque de Sesa os había enviado recado, porque me decían que le habíades enviado a pedir. Si no os ha enviado, tornadle a pedir, que él os enviará, que os quiere mucho por entender en los pobres; y si no, el Señor ha de proveer, aunque se dilate,

Y heme holgado mucho de la caridad que habéis hallado en la casa que decís; y dad mis encomiendas a quien os las dió para mí.

Y porque estoy de camino, no os escribo más, sino que estéis firme en Jesucristo, que Él os ha de favorecer; y que miréis por vos, porque no se goce el demonio con haceros pecar, sino Dios con ver vuestra penitencia de lo pasado y enmienda de lo por venir. Y sea el Espíritu Santo con vos. Amén.

#### 46.—AL MISMO JUAN DE DIOS

*Animándole a la perseverancia en el servicio de Dios y guarda de su alma; y en particular le encarga la prudencia en los negocios que tratare.*

1. Vuestra carta recibí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo; que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiéredes, o yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo. Y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste; que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras; y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos.

2. Mirad, hermano, cuán caro costó a nuestro Se-

fior el bien que en vuestra ánima puso; y como, si os hubiera dado una joya que le costara su sangre, la pusiéradés en buen recado, así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió; pues por eso se os dió, porque Él lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobrásedes. Pues ¿qué sería entregar vos *debajo de los pies de los puercos* lo que nuestro Señor os dió para que fuédeses semejable a los ángeles? ¿Qué sería si perdiédeses aquella hermosura que Él pone en las ánimas, con que son a Él más agradables y hermosas que el mismo sol? Más vale morir que ser desleal a nuestro Señor.

Y para ser fiel es menester ser prudente, que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo que puso sobre su familia, *fiel y prudente* (Mt., 24); porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan a Dios, y es castigada su necedad con recio castigo. Y por esto hemos de aprender de una vez para otras; y basta que el hombre sea necio una vez, para escarmentar toda su vida; pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro a la losilla donde se libró. Porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza ajena, y el necio en la propia, ¿qué será de aquel que, aun después de muy descalabrado, no escarmienta? ¿Qué merece este tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno?

3. Grande obligación tiene de mirar por sí y por la honra de Dios el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y dádole prendas del cielo. Y mientras más vamos adelante en la vida, es más razón que nos mejoremos en las buenas costumbres; porque poco aprovecha haber comenzado bien, si acabamos mal. Y grande enojo siente un cazador, que teniendo un ave que ha cazado en la mano, después de tenida se le va sin más verla, y no tiene tanta pena de la que nunca tuvo en su poder. Y así nuestro Señor se ofende más viendo que un ánima que Él ha ganado y limpiádola, y héchola templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras que nunca fueron suyas. Y el demonio se huelga más de ganar estas tales ánimas que primero servían a Dios, que las que fueron antes malas. Y por esto, hermano, es razón que abramos los ojos, y tengamos en alto la bandera de nuestro Señor muy